

## ACEPTARSE Y ACEPTAR A LOS HERMANOS<sup>128</sup>

Poco a poco, la vida nos va revelando *quiénes* somos. A cada instante, por los acontecimientos, por el encuentro con los demás, se nos manifiesta algo de nosotros mismos, atravesando la bruma de ilusión, de inexactitud, a través de la cual nos veíamos. Uno acaba por conocerse mejor.

Aparece el pobre tipo.

Sin máscara, sin cuello postizo, sin pechera...

No es ya su tarjeta personal: señor X... miembro del Instituto, o Dom Y... de la Abadía de En Calcat.

Es él.

Saber que se es eso. Solamente eso.

La revelación de lo que se es, es harto temible.

Incluso insoportable, si se recibiera de una sola vez. En general, nos llega a pedacitos: inautenticidad de la vida: elementos estancados, no asimilados; actitudes y sentimientos fingidos; automatismos; compromisos y resignaciones; inautenticidad de la persona misma: la miseria esencial del hombre con las taras, los límites, las manchas que soporta su situación.

¿Cómo se reacciona?

Frecuentemente, por la huida ante la realidad.

Huida bajo formas diversas, para librarse baratamente de esa realidad decepcionante, obstaculizante, quizá desastrosa, que habrá que aceptar.

### **Reacciones que deben evitarse**

#### *El desaliento*

Uno se resigna, soporta su suerte, su mediocridad natural y sobrenatural.

Uno se encoge, entra bajo su tienda, al abrigo, para dejar correr las cosas en una semisomnolencia.

Invocando proverbios justificantes: uno es como es y no cambiará nada; o bien sentencias evangélicas: es inútil querer añadir un codo a su estatura.

Reacción de abandono, de conformismo: uno es como todo el mundo, uno cualquiera.

En una modesta dicha prosaica, sin búsqueda, sin drama, a ras de tierra; una modesta dicha de “almacenero gordo” (Saint-Exupéry).

---

<sup>128</sup> Tomado de: *Présence d'En Calcat*. Tradujo: Hna. Ma. Irene Chibitat, osb. Abadía Santa Escolástica.

Se desaparece en la anónima mediocridad de los que renuncian a tener un porvenir, una vida.

Y se llamará a eso olvido de sí, modestia, humildad.

Será necesario, probablemente, conocer el desaliento para comprender, para experimentar que ese camino no conduce a ninguna parte.

### *La rebeldía*

Rebelarse contra sí mismo: “tentación tanto más peligrosa cuanto que se articula sobre la parte noble de nuestro ser” (J. Onimus), la que tiene una exigencia de rectitud, de pureza sin tacha, la que se acuerda del cielo.

Uno tenía un elevado concepto del hombre, por lo menos, de sí mismo: más próximo al ángel que a la bestia.

Y se descubre la bestia, la caída del dios.

Se vivía apoyado en una cierta idea de sí mismo.

¿Cómo soportar verse tal cual se es?

“Odiarse, es más fácil de lo que pudiera creerse” (Bernanos).

A menos de odiar una parte de sí mismo: uno no quisiera ni confesársela a sí mismo ni dejarla ver por los demás.

La lucidez engendra el odio.

Esta pasión de pureza, de rigor moral que no tolera la flaqueza, ese disgusto, quizá: ¿deseo de santidad?

No, sino sueño de angelismo.

Esta dureza consigo mismo, esta rebeldía: orgullo humillado que se encabrita, que no puede soportar las servidumbres de la condición de hombre. Negarse a ser hombre.

Mientras haya algo de sí mismo que se rehúsa, hay algo de Dios que se rehúsa, algo que se rehúsa a Dios.

La rebelión contra sí mismo se disimula fácilmente en la rebelión contra los otros, contra la vida.

Se proyecta al exterior, sobre quienes nos rodean –sobre los hermanos, el Abad– el conflicto interior no resuelto.

De ahí esa dureza para con los demás, esas críticas, esa falta de misericordia, esa severidad condenatoria. Al que me dice: “Ese hermano está enfermo y también aquel y aquel otro...”, ¿qué responderle? “Mi querido amigo, sólo hay un remedio: ¡hágase usted tratar!”.

De ahí esa agresividad que traiciona la incertidumbre sobre sí mismo, el rechazo de sí, la división interior.

Culpar a los demás, a las circunstancias, a las condiciones de vida: negativa de verse, de correr el riesgo de verse.

La toma de conciencia de esta rebeldía se realizará a menudo, en sentido inverso. Uno constata su severidad respecto a los demás y sólo después –cuando se consiente en ello– el despecho interior y el rechazo de sí mismo.

### *El ensueño*

Se puede tratar de liberarse de sí mismo evadiéndose por encima, en lo irreal. Junto a la vida exterior o de relación –la que conocen quienes nos rodean– importancia de ese mundo interior, de ese continuo encadenamiento de ideas, de imágenes, de sentimientos que se suceden sin tregua. Hay un período de la juventud –que en algunos continúa– en que la función de la imaginación se amplifica, invasora; uno se construye todo un universo interior, depresivo o eufórico, que puede estar completamente oculto a los más cercanos.

No apresurarse a decir que es malo: “Quienes sueñan durante el día conocen muchas cosas que escapan a quienes sueñan sólo de noche” (Allan Poe). Muchos creadores han sido grandes imaginativos.

Pero el soñar despierto produce también incapaces y frustrados que pierden el sentido de lo real, refugiándose en su mundo imaginario.

Evasión hacia un pasado que nos escapa: recuerdos y pesares; hacia un porvenir que no nos pertenece: proyectos y combinaciones.

Evasión en construcciones intelectuales. Se tratará de añadir un codo a su estatura, de una manera u otra; de hacerse valer, por lo menos, a sus propios ojos. Se compensan los propios límites por ensueños halagadores, por quimeras; no se yergue sobre la punta de los pies, hace poses. Y casi lo creería.

Se trata de hacer trampas en su propio juego, de atribuirse cartas mejores de las que se tiene en mano.

Uno imagina otro oficio, otro empleo “en el que mis dotes serán verdaderamente utilizadas, puestas al servicio de la comunidad” –y de mí mismo–;

Uno sueña con otro ambiente de vida, otra comunidad “que sería verdaderamente unida, fervorosa, en la que la caridad fraterna...”.

Se reconstruye un mundo nuevo en la estratósfera.

Se hacen planes de reforma.

Y es por cierto útil, necesario, urgente, reformar las estructuras, mejorar las condiciones externas de la vida. Pero no debe por eso disminuirse la importancia del problema esencial: se trata de reformar también al hombre, al hombre sobre todo –es decir, a uno mismo–.

Uno se sueña a sí mismo en lugar de ser, sueña su vida en lugar de vivirla.

Puede buscarse la evasión en el trabajo, las actividades, las empresas; en las distracciones de todas clases. Incluso es posible evadirse en el servicio a los demás. Ni el servicio ni el trabajo son, por cierto, cosas malas. Pero pueden ser, inconscientemente, buscados, vividos, como

anestesia, como una “distracción”, una alienación: se estará en todas partes, menos en sí mismo, consigo.

Diversas formas que toma la huida de lo real, la huida de sí mismo.

No se tiene el valor de vivir la propia vida, su propia condición, su propia persona.

Se deja de ser uno mismo.

La libertad se busca en nosotros, busca su camino, con harto dramatismo.

Forzosamente, comienza por encontrar, por ensayar soluciones de facilidad que intentan desembarazarse de la realidad negándola, marginándola o pasando por encima. Soluciones que ahorrarian el esfuerzo de la comprensión, del enjuiciamiento de sí mismo, de la búsqueda, del crecimiento; que economizarían el esfuerzo de ser.

Cualquier actitud que trampea con lo real, con ese yo así descubierto, de cualquier manera que trate de eludirlo, no es un camino hacia la libertad.

### **Asumirse a sí mismo**

A cada instante nos encaminados hacia las falsas metas cuya tentación siempre se presenta, o las evitamos; a cada instante uno rehúye o asume su ser –en sus elementos positivos, sus cualidades, sus medios: riqueza extremada porque fundamentalmente, el hombre es bueno; –en sus límites, que quizá será útil detallar un poco.

#### *Aceptar sus impotencias*

Alienaciones físicas, intelectuales, afectivas: ya sea que provengan de mis capacidades naturales, de mi formación, de mi situación social, de mi falta de experiencia.

Límites tanto más experimentados a medida que aumentan las responsabilidades. Exceso de responsabilidades en la Iglesia y en todas partes: casi siempre nos hallamos excedidos, enfrentados con problemas demasiado complejos o amplios. Y si uno pudiera creerse capaz, los demás no se hacen ninguna ilusión.

Límites que, poco a poco, van revelándose más estrechos, coartando los movimientos, restringiendo las ambiciones; servidumbres pesadas en ciertas edades de la vida: la usura del cuerpo y del espíritu y las miserables jugarretas que el primero hace al segundo.

Atreverse a ver sus límites y sus deficiencias sin despecho, sin irritación, sin enloquecerse; no desconcertarse al reconocer en sí todo esto: forma parte de su material de construcción: este ladrillo es hueco, pero lo utilizo porque no tengo otros para colocar allí.

Aceptar los *elementos de desequilibrio* hallados en sí mismo.

“Cada uno de nosotros tiene su mini-neurosis” nos decía sonriendo un predicador de retiro.

¿Quién no ha sido gratificado, al menos, con un sistema nervioso, frágil, o con cualquier complejo y cantidad de movimientos emocionales subterráneos sobre los cuales la voluntad sólo ejerce un control ínfimo e intermitente? ¿Quién no sufre por su timidez y su impulsividad, por su angustia o su inestabilidad? Otro aspecto de nuestra miseria de hombre.

#### *Aceptar el fracaso*

que no es solamente negativo: ausencia de éxito; que no empequeñece, sino que revela el auténtico valor detrás de las apariencias: así, al equipo vencido se le demuestra sencillamente que es menos fuerte que el otro, está menos entrenado.

Habría que recibir el fracaso como una experiencia de verdad. Y como un estímulo para trabajar más, saber más, ser más consciente –en la humildad.

Es fácil decirlo.

Hay fracasos que destrazan vidas, o dejan herido largo tiempo.

Pero el sensato verá en él “una estación que es preciso atravesar, que producirá sin duda sus frutos amargos, pero que podrán madurar” (G. Hahn).

Aceptar su *pasado*: ¿su pasivo?

Hay pasados gloriosos que pueden llevarse con cinta multicolor sobre el bolsillo izquierdo.

Hay pasados poco gloriosos, con párrafos sin grandeza en los capítulos antiguos o recientes, caídas cuyo recuerdo no nos inspira mucho orgullo.

Tentación de corregir el pasado, de arrancar algunas páginas.

Deseos de eliminar cierto número de experiencias particularmente poco brillantes.

Rechazo: jamás debí hacer... o: No deberían haberme hecho hacer jamás... dejarme hacer...

No hay que renegar del pasado ni rechazarlo.

Por lo demás, no es posible: ya ha sido vivido, existe para siempre.

Este pasado es mío: esos actos acertados o fracasados, esos años con su cúmulo de pasos en falso, de errores, de tentativas abortadas, que hicieron de mí lo que soy, por los cuales me he hecho.

Ese pasado soy yo.

A ese yo de ayer, deficiente y pecador, le debo perdón y amistad como al yo de hoy. Sobre ese yo de ayer, que así ha obrado más o menos libremente, más o menos rectamente, se apoya el yo “libre” de hoy.

Por mi opción libre de hoy doy su sentido y su valor a mi pasado, lo recupero y lo confirmo.

Si mi elección de hoy es un sí a mi vida, una aceptación de mí mismo, un sí a Dios, mi pasado dice sí a Dios.

A otro nivel, el del hombre hijo de Dios, se tiene conciencia del pecado que nos habita, de esta “ley del pecado que reina en nuestros miembros” (Rm 7,23) bajo formas infinitamente diversas.

Uno se descubre prisionero de sus resentimientos, de sus celos, de sus violencias; prisionero de un orgullo que critica, rebaja, se encabrita y cuando no se yergue, repta debajo de una falsa modestia.

Prisionero de un cuerpo y de un corazón que tienen hambre de todo; prisionero de un egoísmo que sólo se acerca a alguien, a algo, para apoderarse de él.

Se descubre en sí, al menos en ciertos aspectos, las tres concupiscencias y los siete pecados capitales, además de algunos otros, con todo lo que tenemos de oculto y subterráneo, de secreta complicidad con el mal.

Algo desesperante:  
“¡Desdichado de mí!  
¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”.  
(*Romanos 7,24*)

Reconocer delante de Dios lo que somos: pecadores.

Y aceptar, no el pecado, sino a mí mismo con este pecado, yo pecador.

Aceptar ser aprendiz de la vida, de la vida cristiana, con la parte de impotencia, de pérdida, de pecado que supone toda actividad de hombre.

Para que la gracia haga de esos obstáculos un medio de salvación.

Sabiendo que “si nuestro corazón llegase a condenarnos, Dios es más grande que nuestro corazón” (*1 Juan 3,20*).

Ver y aceptar esto, aquello.

Más profundamente:

*Aceptar*

sin aprehensión, sin rigidez, sin reivindicaciones, con sencillez, con humildad y poco a poco, con facilidad.

Lo que no significa: ponerse de su parte. No es indiferente ofrecer a la vida social y a la gracia un terreno psicológico sano y saneado, un ser liberado de la preocupación de sí mismo, en vías de maduración y de liberación, mejor adaptado a su condición de hombre. Porque la gracia construye sobre la naturaleza.

Por eso habrá que tender sin cesar, apaciblemente, hacia una mayor humanización con una actitud abierta y generosa, que acepta el esfuerzo y el sacrificio para que se expanda más fácilmente y se exprese más visiblemente la acción del Espíritu.

*Ser yo mismo*

Reconciliarme conmigo mismo tal como soy, según todos los elementos que me constituyen, riqueza y límites; tal como Dios, mi formación, mis educadores y yo mismo me han hecho.  
Consentir a la totalidad de mí ser

*según las condiciones normales de la vida.*

Vivo hoy y no ayer ni mañana; poseo el “hoy”, que puede ofrecerme algo más que quimeras. Aceptar este hoy que Dios me da para vivir –para que allí lo encuentre–. En este lugar, en las circunstancias concretas que esto supone.

En medio de tales personas, en relación con ellas y aceptando aparecer a sus ojos tal como soy.

Asumirse a sí mismo:

Es un comienzo de libertad interior.

Uno se interroga sobre la ascesis, sobre la práctica del renunciamento; el renunciamento ante todo. Uno será libre sólo en conformidad con lo que es, en el conocimiento y la aceptación –y por tanto ya con un cierto dominio– de lo que es. La aceptación, desgarradora a veces, es liberadora, fuente de paz.

Es un camino hacia los otros:

si uno se posee podrá darse;

si uno se acepta con misericordia, con benevolencia, podrá aceptar de la misma manera a los demás;

si uno se ama a sí mismo, podrá amar a los otros como a sí mismo.

Es un camino hacia Dios:

Dios me da a vivir este hombre, que Cristo ama, salva y atrae hacia la vida; este hombre total es quien entra en el movimiento de liberación y de retorno al Padre.

Uno se ubica así en el orden de Dios, en el plan de salvación.

“Odiarse, es más fácil de lo que pudiera creerse.

La gracia sería olvidarse.

Pero si todo orgullo hubiese muerto en nosotros, la gracia de las gracias sería amarse humildemente a sí mismo, como a uno cualquiera de los miembros sufrientes de Jesucristo” (Bernanos).

## **El hombre llamado a ser más**

### *Un deseo natural fundamental*

Un ser vivo no existe inmóvil, estabilizado, definitivo, como una piedra. En el ser vivo hay una ley de crecimiento, un movimiento irreprímible hacia lo más. Y cuando ese ser vivo está dotado de conciencia, busca crecer, plenificar su existencia en un movimiento consciente y voluntario: deseo de perfeccionamiento y de realización, deseo de expansión vital hacia los verdaderos valores que presiente, hacia una plenitud de ser.

De ahí el carácter infrahumano de una actitud que consistiría en aceptarse como se es, pura y simplemente: sería anular todo porvenir, todo devenir; sería hacer de sí mismo una cosa.

El primer paso en el camino de la libertad es aceptarse tal como se es; el segundo es trabajar en su evolución, en la realización de sí mismo.

Ser más: un dinamismo fundamental, esencial al hombre; que de ningún modo es una ambición reprobable: ese deseo natural se prolonga en un dinamismo hacia Dios.

### *La vocación a la vida divina*

El horizonte simplemente humano es relativamente amplio, pero limitado. Las ambiciones humanas son demasiado estrechas en relación con lo que el hombre es: “El hombre supera infinitamente al hombre”. El hombre es capaz de Dios, está abierto al infinito de Dios; llamado

a una vida que es don de Dios que es vida de Dios en él: “Para mí, vivir es Cristo. No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (*Ga 2,20*).

Esto comenzó con el Bautismo. Y cada año, en el momento Privilegiado que revive la Pascua de Cristo, en cada celebración eucarística que la recuerda y la realiza, en cada momento de la vida cotidiana vivida en Cristo, profundizamos esa comunión con la muerte del Señor y con su resurrección, que introduce en la vida nueva (cf. *Rm 6,3-11*).

### *Dos realidades en armonía*

La vocación cristiana a la vida divina no coincide con la plenitud natural, con el desarrollo físico, psíquico, espiritual del hombre. Una es de orden natural, puede lograrse por las fuerzas propias de la criatura; la otra es de orden sobrenatural, sin proporción con los medios, las exigencias del hombre, incluso con lo que él podría concebir. Una procede del hombre, la otra es dada por gracia.

Hay, por lo tanto, dos niveles, dos realidades. Pero no dos niveles superpuestos, no dos realidades, una sobre otra. Hay continuidad, armonía, entre la perfección natural del hombre y su destino sobrenatural. ¿No es acaso nuestro temperamento humano una prefiguración de nuestra vocación sobrenatural? La gracia construye sobre la naturaleza. La salvación traída por

Cristo repercute de manera benéfica en la búsqueda que realiza el hombre de su ser-más natural; el misterio pascual nos aprehende en las raíces de nuestro ser para establecer en una novedad radical –la de hijo de Dios– lo que había en nosotros.

El crecimiento en la fe y en el amor no está, sin duda, ligado al desarrollo psíquico. La santificación es un acto de Dios al cual responde el consentimiento del hombre. Reconocer su miseria esencial, romper con el pecado, recibir de otro la salvación, no es más fácil a un hombre que se considera equilibrado que a un neurótico, a este “rico” que a ese “pobre”. Un ser deficiente, inhibido –como lo somos todos de una manera u otra– puede tender sin embargo a ese ser-más; es posible encontrar en él, en grado elevado, las virtudes teologales y las demás, una verdadera disponibilidad a los impulsos del Espíritu Santo.

Pero no es indiferente para Dios que yo le ofrezca el servicio de un adulto equilibrado, si ha puesto en mí las posibilidades de un equilibrio; el servicio de un cuerpo vigoroso, de una inteligencia cultivada, de una feliz sensibilidad, si me ha dado esos talentos para acrecentarlos.

Así seremos hombres y tan hombres como podamos serlo, pero criaturas nuevas, hombres nuevos, creados según Dios.

### *Aceptarse y ser más*

Me acepto tal como soy aquí y ahora, con estas deficiencias, estos límites actuales reconocidos, pero sin tomar su defensa, con la determinación serena de hacer lo mejor posible, de llegar hasta el fin de mis limitaciones. A eso se llama “superarse”. Como decía una anciana bretona al P. Doncoeur: “Uno puede llegar lejos todavía, después que está cansado”.

Acepto sin amargura mi pasado, que ha hecho de mí lo que soy hoy, pero al mismo tiempo estoy llamado a superarlo, a liberarme de él; debo morir a mi pasado para vivir hoy, de cara hacia el mañana.

Me acepto pecador, pero con el arrepentimiento de ese pecado, unido a un esfuerzo renovado y más inteligente, con intención de progresar en la gracia. Aceptarme, es aceptarme por entero, incluso este impulso hacia lo mejor: es querer esta ley natural de progreso y de liberación, esta salvación y esta redención que Cristo me trae y comprometerme en ella.

## Para el crecimiento del hombre

¿Cómo llegar a ser ese hombre “que Dios soñó cuando nos lanzó a la existencia?” (H. Rochais).

No existe ninguna fórmula que pueda definir el devenir de un hombre, ningún método para lograr éxito seguro. Y por lo demás, ¿quién ha podido comprender verdaderamente lo que no ha descubierto por sí mismo?

¿Pueden sugerirse, al menos, algunos datos, eventualmente utilizables, en el camino que conduce a la libertad interior, a la madurez?

### *La crítica de sí mismo*

Interrogarse sobre el valor personal, libre, de su conducta, de sus actos cotidianos.

Los automatismos: esos gestos que no son realmente nuestros, que no son pensados ni voluntarios, cuando deberían serlo. Los gestos de puro conformismo, recibidos y prefabricados, o que se han automatizado; los sentimientos fingidos, las palabras no verdaderamente sinceras, que disfrazan; las afirmaciones repetidas sin control, los prejuicios que se conservan sin revisión. Y lo que se hace porque nos ven, lo que no se hace porque correríamos el riesgo de que nos viesan, lo que se hace porque todo el mundo lo hace así. De igual modo, el rechazo de la dependencia, el anticonformismo, la afirmación de sí mismo por procedimientos negativos, actitudes “anti”, por el reverso de los principios establecidos, las maneras corrientes de obrar, admitidas –que es otra forma de dependencia–.

Los apasionamientos por una persona o un sistema, por una idea. Entusiasmo que puede ser sincero, generoso, pero que no está a nivel de la libertad profunda.

Los impulsos, los cambios de humor, los desalientos. Y las ensoñaciones, los espejismos sin consistencia, las indignaciones estériles, con las que se azota el viento.

Todo eso es artificial, es más apariencia que ser, es falso y falsifica; todos esos proceder sin profundidad y sin alcance, esos actos defectuosos en los que estoy movido y atado y no son personales y creadores: todo eso en nada dignifica al hombre sino que lo dispersa, lo divide en sí mismo, introduce o mantiene en él la turbación, la inquietud, la contradicción. Es destructor del ser en diversos grados. “No me agrada que me estropeen a un hombre” (Saint-Exupéry).

Es preciso clasificar. Sin tener la ilusión de que siempre sea posible poner orden o de que alguna vez pueda ser total, tratar de escoger aquello de que estará hecho el hombre que está a punto de nacer. Es difícil –y generalmente poco deseable– romper y cortar: tratar de no alimentar ya esas expresiones defectuosas del yo, procurar expresarse menos desde ese lado. Un continuo enjuiciamiento de sí mismo, jamás terminado.

La pregunta hecha a sí mismo, será al mismo tiempo pregunta hecha a Dios: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. Llamamos a esto examen de conciencia. Dios mismo nos enjuicia por su evangelio, por los hermanos, por los acontecimientos de la vida, nos interroga y nos estimula a devenir otros.

Lo que parecía imperfección del hombre, atentado a su integridad, cuando es voluntario tiene el nuevo alcance de ofensa a Dios. Lo falso, lo vano, con lo que recargamos nuestra vida, revelan su verdadero rostro.

Conciencia de caídas que no son tan sólo faltas contra nosotros mismos, contra un ideal cristiano, sino pecados, rapiñas al amor de Cristo, rechazo de la vida, del amor que él ofrece. Conciencia de la distancia, de la contradicción práctica entre el llamado de Cristo, la aspiración a la vida que Él pone en nosotros, el deseo de ser plenamente –es decir, de ser salvado– y lo que somos, lo que vivimos.

#### *La obediencia a la ley*

Saber someterse a ciertas obligaciones, a reglas que se reconocen como tuyas y que inspiran la conducta. Reglas que revela la vida con los demás; reglas que se sienten nacidas de una reflexión sobre el hombre, que reflejan una experiencia del hombre, que se esfuerzan por expresar al hombre en lo que tiene de permanente.

Reglas queridas por causa de Cristo, que tienen por finalidad ayudar a la vida según Cristo, liberándonos de obstáculos inútiles; y que deberían ser siempre expresivas, significativas de la realidad para la cual educan.

Reglas que deberían tender siempre hacia la libertad, a una libertad naciente, para favorecerla, proponiéndole una orientación susceptible de ayudar al crecimiento, de encaminar al ser en crecimiento hacia su perfección. Mi libertad puede, sin negarse a sí misma, intentar un camino que mi intelecto propio, mi propia experiencia de vida no me habrían sugerido. El progreso de mi libertad no será prescindir de la regla, sino asimilarla al nivel de mi conciencia, interiorizarla para conformarme con ella por amor.

#### *La relación con los otros*

Conocida es la importancia de la relación con los otros en la formación de un hombre, en la elaboración de su ser. Un hombre solo no existe. El hombre sólo deviene por los otros; los otros le revelan su propio yo, lo hacen ser. La relación con el otro, el amor del otro, es lo que más contribuye a la realización de la persona. Es una necesidad constitutiva para el individuo: el amor es la condición de la existencia.

La Iglesia lo reconoce a la luz de la Revelación y de las ciencias humanas: “El hombre, en su naturaleza profunda, es un ser social y sin relación con otro no puede vivir ni desarrollar sus cualidades... La vida social no es mes para el hombre algo supererogatorio; por eso es por el intercambio con otro, por la reciprocidad de servicios, por el diálogo con sus hermanos, que el hombre crece según todas sus capacidades y puede responder a su vocación” (*Gaudium et Spes*, c. 1 y 2).

Vivido en la verdad, siguiendo el largo aprendizaje de la vida, el amor de Cristo y de nuestros hermanos debe conducirnos a una plenitud de vida.

#### *El compromiso personal*

“Gracias al peso que lleva, el hombre se mantiene de pie” (Th. Maulnier). La responsabilidad, en cualquier dominio que sea, y según la escala a la que nos elevan nuestras capacidades, es un poderoso estímulo en el devenir del hombre. “Aquí, yo soy el rey” me decía un chofer de ómnibus. Aceptar la responsabilidad sin presunción, ni falsa humildad.

Saber comprometerse. “El adulto promete poco y casi a su pesar, pero mantiene su palabra. Y cuando asume una responsabilidad, sea que le parezca inevitable, sea que se comprometa libremente, le hace frente. Sabe no escabullirse, no huir ante lo inevitable. Sabe añadir si es necesario, los efectos de su libertad” (J. Folliet).

### *Arraigarse en el ser*

Hacer vivir en mí lo que es; obrar en el sentido en que se manifestará una mayor intensidad de ser, de verdad. Este trabajo de maduración humana se realiza a ejemplo de Cristo: Cristo no me arranca a mí mismo, me enseña a crecer como Él. La ascesis es esa disciplina de la vida aceptada para devenir un hombre casi humanizado, para morir al pecado y hacer crecer el hombre interior, para vivir según las costumbres aprendidas de Cristo, para conducirse prácticamente como hombre salvado.

Paciencia consigo mismo. Impaciencia de los hombres por obrar rápido: se desearía aprender inglés sin penurias, sin trabajo, en veinte lecciones, adquirir en algunas semanas, por una formación acelerada, una cultura universal. ¿Qué valdrían el inglés, la cultura?

Impaciencia de ser hombre. Tentación de arreglarlo todo de una vez para ser en seguida un hombre verdadero y libre. Tentación, para algunas conciencias exigentes, de encarar la ascesis de una manera trágica, rechinando los dientes. Admitir las lentitudes de su propia marcha, los pasos atrás y los pasos desviados. La vida se aprende palabra por palabra, gesto por gesto. Esperar el tiempo necesario para el alumbramiento generoso del hombre que se habrá de ser, respetar las leyes del lento crecimiento: “Como ves, el hombre es lento para nacer” (Saint-Exupéry).

Paciencia consigo mismo, pero exigencia. No hay que dormirse, porque “ya es demasiado tarde para aprender a vivir” (Aragón).

### **El hombre cristiano**

Así se delinearán, sin duda, poco a poco, algunos rasgos del hombre cristiano, manifestando en su vida cotidiana, en el plano de las actitudes y de los actos concretos, la renovación operada por la gracia en el plano del ser.

#### *La vida podrá entonces tornarse coherente*

Coherencia del pensamiento, menos sometido a todos los vientos, de la palabra, que será sí si es sí, y de la acción. Concordancia entre el ser y el decir, el ser y el hacer. Coherencia también en el tiempo: concordancia con el pasado, por la utilización de la experiencia adquirida, por una cierta apertura a la experiencia de los otros, por la voluntad de terminar las tareas emprendidas; concordancia del presente con el porvenir, por una reflexión prospectiva, que orienta la vida sin aprisionarla, por la actitud de compromiso. El adulto es capaz de adhesión durable y de fidelidad, de perseverancia y de continuo comienzo.

La coherencia del pensamiento y de la vida se encontrará también en la adhesión a los valores de la fe, en el movimiento continuado sin cesar de una fe personal vivida.

Pero nada se adquiere sencillamente, podemos siempre falsear lo que tenemos de mejor. Si nos tornamos menos impresionables, menos versátiles, menos cambiantes, correremos el riesgo de adormecernos. La coherencia se tornará obstinación, la estabilidad esclerosis; el surco cavado se convierte en un basural, donde uno se embarra. El peso de los hábitos, convertidos en manías, puede detener toda generosidad. ¿Qué quedará de la apertura a la novedad de vida, de la disponibilidad al Espíritu?

#### *La vida devendrá una*

A medida que se libera de lo que la divide y dispersa, la vida se unifica. La unidad no consiste en hacer una sola cosa, sino en permanecer uno mismo haciendo cosas diversas. Esto se

obtendrá por una disponibilidad total a lo real, a todas las actividades, a todas las situaciones, a todas las personas que constituyen la trama de esa realidad. Vida una, no por la identidad o la armonía de los actos, sino por la continuidad de la actitud interior: por el llamado a sí habitual del ser dispersado en las ocupaciones y por la disponibilidad del ser así recogido. Unidad que no es concentración sobre sí mismo, sino aptitud para la acogida, amor ofrecido a todos y a todas las cosas como procedentes de Dios.

Unidad que es, por gracia, adhesión y colaboración con la voluntad de Dios: discernir esa voluntad, siempre nueva, en las diversas situaciones de la vida, buscarla con todos nuestros recursos de inteligencia y de corazón; descubrir que toda la vida es portadora de Dios, reveladora de Dios, que Dios viene a nuestro encuentro en todo eso.

### *La vida se interioriza*

No por un esfuerzo de recogimiento, de retorno a sí mismo de cuando en cuando, en los momentos de fervor. Ocurre que el interés de la vida ya no se encuentra tanto en las apariencias, en las huidas, en las regiones marginales; el centro de gravedad ya no está fuera. en las cosas, en los otros. La vida se hace menos tributaria de los condicionamientos externos. Transcurre dentro, se vive desde el interior. En la conciencia de una presencia que abre a todas las demás.

El peligro podría hallarse en la excesiva atención que continuamente se presta a la sola dimensión temporal de la vida, únicamente a los valores humanos que se descubren en sí mismo. Puedo acoger la gracia, pero en tal forma que se convierta en mi bien propio. Puedo tener la preocupación de una vida con Cristo, pero poniendo a Cristo a mi servicio, al servicio del éxito de mi vida espiritual o de mi apostolado.

A medida que se esboza esta coherencia, esta unificación, esta interioridad, *el hombre deviene autónomo*. Se siente responsable de sí mismo; se forma en él la capacidad de asumir personalmente todo lo que constituye su vida. Y puede ser considerado responsable. Tiene confianza en sí mismo.

Esto puede convertirse en autosatisfacción: “El que adquiere cordura se ama a sí mismo” (*Pr* 19,8). En quien logra una cierta construcción de sí mismo, una cierta estabilidad, en quien se considera capaz de una apreciación objetiva y serena de las personas y de las situaciones –si todo esto no está acompañado de un igual desapego de sí mismo y del sentido del pecado– los demás podrían ver nacer, a medida que se establece en la existencia, una suficiencia hinchada y la opacidad del hombre satisfecho.

No obstante, es normal una cierta confianza en sí mismo, “una sabia estima” (*Rm* 12,3) una sana seguridad –sin ilusión–. Eso permite ubicarse entre los demás: ser reconocido, apreciado, estimado, sin turbación ni falsa humildad; en una colaboración más eficaz en la obra común y una mayor pertenencia a los grupos que se integra.

Responsable ante los otros, este hombre lo es ante Dios (*Ga* 6,5). La realización de sí mismo se enriquece por la incertidumbre de que Dios considera a cada uno como persona. La certidumbre de ser él, autónomo, y de más en más arraigado en su ser, se prolonga en un lazo de pertenencia reconocida, querido, luego en la conciencia de una vida enteramente recibida de Dios, de una dependencia total y liberadora: “Nadie vive para sí mismo, como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos, ya muramos, del Señor somos” (*Rm* 14,7-8).

A este hombre que procura ser, que aprende a vivir aceptando cada vez más todo lo que es, pueden habitarlo, simultáneamente o uno tras otro, sentimientos diversos y por así decir, contradictorios. Es, inevitablemente, un lugar de tensiones.

Feliz de ser, sin duda, experimenta al mismo tiempo inseguridad, por la impotencia en que se halla de poseerse plenamente, por las contradicciones internas jamás superadas. Llevando el don de Dios en un frágil vaso de arcilla (2 Co 4,7) tropezando con suficiente frecuencia como para considerarse tal, experimenta la insuperable estabilidad de un yo de contornos definidos, de un yo bien conocido, estancado. Toma conciencia de una impotencia de naturaleza para vivir según Dios.

A pesar de la repugnancia del odre viejo, que siente que estallará con el vino nuevo, se ve obligado, si es leal, a recomenzar sin cesar su vida, abierto a la libertad del Espíritu, que trabaja para re-crearlo.

Su adhesión a Dios, siempre esbozada, se profundiza no obstante, en una fe en el Dios que lo salva, en la certeza de que Dios no lo condena, continúa amándolo, creyendo en él. Su voluntad se torna como el proyecto de un amor. Y se ahonda en él la esperanza de la salvación en Jesucristo, “aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podamos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros” (Ef 3,20).

### *Un hombre solo no existe*

El hombre sólo deviene por los otros; los otros lo revelan a sí mismo, lo hacen ser. El hombre es un ser social que sólo se realiza en la relación. La relación con el otro, el amor del otro, es lo que más contribuye a la realización de la persona; es una necesidad constitutiva para el individuo. El amor es la condición de la existencia.

A la luz de la Revelación, y de las ciencias humanas, la misma Iglesia reconoce la importancia de la relación con los demás en la formación del hombre, en la elaboración de su ser: “La vida social no es para el hombre algo sobreañadido; porque por el intercambio con otro, por la reciprocidad de servicios, por el diálogo con sus hermanos, el hombre crece según todas sus capacidades y puede responder a su vocación” (*Gaudium et Spes*, cap. 2, la comunidad humana, 25,1).

La calidad de las relaciones fraternas en el interior de una comunidad, es un “test” de madurez; asumir cada vez más libremente su relación con el otro, es signo de madurez. Las relaciones verdaderas indican un estado de dominio de sí y de don, de construcción interior y de adaptación a la vida, de apertura a los demás: un estado de adulto.

Interrogación actual de los jóvenes en ese plano: lo que cuenta, no es tanto la fidelidad de un monje a las observancias, sino la persona bajo el aspecto relacional: su capacidad de apertura, de acogida, de atención; su capacidad de comunión con los demás. Lo que cuenta, son las personas capaces de comprometerse en relaciones fraternas verdaderas. Y la comunidad, la vida comunitaria, será apreciada por una parte según su capacidad para formar tales hombres; será apreciada según la forma como tales relaciones se establezcan entre las personas.

Nuestra experiencia cotidiana demuestra la dificultad del amor por nuestros hermanos, la dificultad de una relación verdadera entre un hombre y otro, que sea comunión de dos personas en el amor; la dificultad de la aceptación plena del otro, de otros hermanos, en nuestra vida. Al mismo tiempo, no podemos prescindir de los demás y no conseguimos fácilmente entrar en relación con ellos. “La dificultad con las mujeres –decía Flaubert– es que no se puede vivir ni con ellas, ni sin ellas”. ¿Cómo abrirse al otro, aceptar al otro?

### **Abrirse al otro**

Cada cual vive en su mundo propio, que se organiza en torno suyo. No lo ignoramos; lo hemos notado –en los otros: “No piensa más que en sí mismo”. Deseo natural de referirlo todo a sí

mismo, de ser el centro en derredor del cual gira la tierra. Los fenómenos que nos afectan (dolor de cabeza o sermón que preparar) tienen una importancia primordial. Hay en cada uno un deseo instintivo, si no una voluntad consciente, de erigir el yo en un absoluto, de creerse el centro del mundo. Sin duda, esto es normal en el comienzo de la existencia: toda la realidad que experimenta el lactante está concentrada en él; las cosas exteriores, en tanto cuanto las percibe, solo existen convergiendo hacia él. En algunos, esta percepción egocéntrica prosigue por largo tiempo: el mundo, lo que los rodea, el marco de su vida, son el escenario donde se promociona ese ser único.

Cuando uno se atribuye esta situación central en el mundo, ¿qué devienen los otros? Cuando uno ocupa todo el lugar en sí mismo ¿qué queda para los demás?

En torno a mí, los otros. ¿Cómo se me presentan? ¿Y cómo habrá que considerarlos?

¿Cómo se me presenta el otro?

L. Lavelle ha descrito lo que se experimenta en los “primeros contactos”, en el primer encuentro con el otro “semejante a un animal que, observando una presencia desconocida frente a sí, y sintiendo latir en ella una vida que no es la suya, se reduce por entero a esa ansiosa alternativa de hacer de ella una presa o tornarse él en presa suya; así, cuando un hombre encuentra a otro hombre, es para él un extraño, pero tiene rostro de hombre como él y respecto de quien se pregunta, con una especie de estremecimiento, hoy como el primer día, si viene a su encuentro para compartir su vida o para destruirla. . . ¿Qué me promete su mirada? ¿Qué me trae su mano? . . . El primer contacto de dos seres humanos está siempre lleno de vacilación, de timidez, de temor y de esperanza” (L. Lavelle, *Conduite a l'égard d'autrui*, pp. 32-32).

Tengo dos maneras de considerar al otro:

Como una “presa”.

La reacción espontánea es poseer al otro: anexarlo, hacerlo entrar en mi juego, tenerlo a mi disposición y usufructuarlo. Ponerlo a mi servicio, es decir, utilizarlo para mí; valorizarme, engrandecerme, afianzarme por su estima, por su admiración, por su amor.

Si el mundo es el escenario, los demás son a mi alrededor los accesorios de la decoración: tienen por función primaria reflejar mi imagen, realzar su valor.

Ilusión del don de sí, búsqueda de sí a través de los demás. ¿Cuántos de nuestros ofrecimientos están movidos por nuestro deseo de agradar, de ser amados, de atraer, de ejercer una influencia, de seducir para dominar? Aquellos que creo amar –“el alma gemela”– cuando en realidad me estoy amando a través de ellos, cuando las atenciones que tengo con ellos están dirigidas a mí mismo.

El otro: ¿lo sirvo o me sirvo de él?, ¿es para mí ocasión de donación o de introversión y de pecado?

Como una amenaza.

El otro se yergue, frente a mí. También él dice: Yo. Y mira a los demás a su alrededor. Aparece como un centro, con su voluntad de ser centro. Ya no soy un absoluto. El otro me limita, restringe mi espacio vital y mis posibilidades de expansión; limita mi impulso y mi vida, rompe el equilibrio de todas las cosas a mi alrededor. “Toda la tierra me estaba prometida y he aquí que comienza a escapárseme” (L. Lavelle, *id.* ).

El otro tiene iniciativas que yo no controlo, desconozco su voluntad: Él es libre. Su existencia es una amenaza, no para mi vida, sino para mi integridad, mi seguridad.

El otro: ¿una vecindad que soporto a pesar mío, de la que me defenderé? Repliegue sobre sí mismo, desconfianza, coexistencia “pacífica” en la indiferencia; esa gente que uno, prácticamente, elimina, que borra de su vida, que consigue hacer inofensiva, neutral, esquivando los encuentros verdaderos. El otro: ¿es un rival que debo abatir, que ataco? Cólera, malhumor, críticas, denigración: reaccionamos ante algunos de una manera que sólo se explica por una actitud profunda de rechazo, de defensa. Ese rechazo del otro no se manifiesta solamente cuando lo golpeamos. Existe toda la variedad de la oposición.

Esa oposición tiene raíces muy profundas. Hay en el hombre una doble tendencia instintiva. Un deseo de unión lo acerca al otro, un deseo de amar, de ayudar, de cooperar. Tendencia siempre presente, que procura realizarse, exteriorizarse en la conducta social, aun cuando el pecado original la haya viciado en su comienzo y sea susceptible de desviaciones.

Pero Freud ha puesto en evidencia la tendencia opuesta de egoísmo, de agresividad, de crueldad: “A juzgar por nuestros deseos y nuestros anhelos inconscientes, somos, como los hombres primitivos, una banda de asesinos”. Este instinto está más o menos sometido al control de la razón; somos gente civilizada, hemos aprendido a vivir en sociedad; la gracia del bautismo, la ascesis de la vida religiosa –y la de la vida, sencillamente– acaban finalmente por producir algunos frutos. La agresividad primordial se atenúa, más o menos integrada a la personalidad. Se sabe, sin embargo, que en ciertas circunstancias en que flaquean la razón y el sentido moral, ya se trate de un individuo o más ampliamente de una colectividad, los movimientos instintivos pueden mostrarse tan impetuosos y feroces como en un animal. “En adelante, el hombre ya no se hace ilusiones sobre la fiera que dormitaba en él”... R. Grousset abría así su *“Balance de la Historia”*.

Venimos de lejos.

Según las circunstancias, la personalidad de los otros, somos esto o aquello, con dominantes: unos atraen, seducen, absorben, con una cierta gracia; otros practican la defensa, como arcos tensos. La relación con el otro deberá establecerse a través de esos impulsos fundamentales de posesión y de hostilidad y será: salida de sí mismo, acogida, comunión.

### *Reconocer su autonomía*

Superar el nivel de la protección de sí mismo, de la defensa, de la conquista –y reconocer la autonomía del otro–: se necesita efectuar una revolución copernicana.

La tierra no es el centro del universo. Percatarse de que no se es el centro; aceptar no ser el punto supremo de referencia con relación al cual deberán ubicarse los demás. Uno es un hombre entre otros; un hombre, realmente, alguien –pero no el centro–. Y así cada uno de los otros.

Cada cual es él mismo; cada cual experimenta esa aspiración fundamental de ser reconocido como alguien, de ser respetado, amado por sí mismo. La queja que a menudo se oye: “Para nadie soy alguien”. Marilyn Monroe, la mujer más adulada del mundo: “Quisiera que alguien me amara”. La impresión de ser para los otros, para los hombres, un simple instrumento de su placer, un instrumento intercambiable. Ella se suicidó. Cada uno quiere ser amado, porque es vivir. Cada uno lleva su aventura personal, ligada a la de otros, por supuesto, pero irreductible; tiene que vivir su vida, que realizar su proyecto, tiene su porvenir. Cada uno es alguien para Dios: Dios considera a cada uno de nosotros como una persona, ligada a Él por el amor.

Los habitantes de las Filipinas narran cómo sus siete mil islas salieron de las manos creadoras de Dios. Dios modelaba los continentes; quedaba barro adherido a sus dedos; un gesto de la mano para quitárselo y ¡salga lo que salga! Así nacieron las Filipinas.

No es así, exactamente, como deben haber ocurrido las cosas. Cuando Dios crea algo, no se desembaraza de ello como un labrador de la tierra que le ensucia las manos, como un alfarero de la vasija vendida. Lo creado depende, continúa dependiendo esencialmente del Creador; queda suspendido de él. La criatura recibe incesantemente de Dios lo que necesita para ser. Cuando Dios llama a la existencia a un ser humano, es una inteligencia, un corazón, un cuerpo viviente, es una libertad hecha a su imagen; es una persona a la que llama hacia sí, que tiene una vocación esencial a encontrarlo, a reconocerlo: un llamado de Dios está inscripto en el ser. Es una persona a la que Él se dirige y que tiene un rostro, un nombre; no la confunde con ninguna otra. Dios no produce en cadena: hace a los hombres uno por uno; hace, cada vez, un hombre nuevo, para amarlo.

Dios llama a cada uno y lo llama por su nombre: *Juan 10,3*, “El llama a sus ovejas una por una (= cada una por su nombre) y las hace salir”. En el Bautismo recibimos un nombre que El ratifica, devenimos hijos de Dios con ese nombre. Y entre millares de Felipes o de Pablos cada uno tiene, a los ojos de Dios, su rostro; cada uno es único, inventado en un solo ejemplar; cada uno es diferente. En 1940, cuarenta mil soldados tenían el nombre de Martín: un enorme fichero de nombres propios convertidos en nombres comunes; pero cada uno era amado por una mujer, una madre, unos niños, de modo especial; cada uno era un Martín único. Hay millares de Felipes y de Pablos, pero para el corazón de Dios no son nombres comunes.

Un mismo nombre puede ser pronunciado con sentimientos diferentes; un exégeta lo hacía notar respecto al nombre de Cristo: Caifás decía “Jesús” de manera distinta a Pedro dirigiéndose a su Maestro. Y nosotros mismos, llamados por el suboficial de turno, o por un vecino, o por un amigo: ese nombre evoca una fisonomía que él ama, lo pronuncia con un afecto que sentimos y entre nuestros amigos, ninguno lo dice exactamente de la misma manera, según los lazos particulares establecidos entre cada uno de ellos y nosotros.

Dios pronuncia cada nombre con un sentimiento, un matiz de amor diferentes. Se interesa por la aventura personal de cada uno, sosteniéndolo a lo largo del camino, “como un hombre sostiene a su hijo” (*Dt 1,31*). Cada hombre es para Él un ser único, distinto, irremplazable. Si uno se rompe o se pierde, es tremendo; no se pone otro en su lugar. Y la aventura de nuestra vida es, tanto para Él como para nosotros, cada vez, una aventura nueva, sin precedentes: la aventura de su vida, que Él comparte, de la amistad que vivirá con nosotros. Cada uno será para Él un hijo distinto de los demás. Poco a poco, uno toma conciencia de esto respecto a sí mismo. Comprender que también es verdadero respecto a los otros.

Viviremos verdaderamente el amor según Dios, sólo si nuestra actitud, nuestros gestos, nuestras palabras, nuestra manera de obrar, dan a los otros la prueba concreta de que son personalmente encontrados, en la verdad de su vida, y respetados acogidos en nuestro corazón, llevados en nuestra oración.

Abordar al otro en esta perspectiva. Considerarlo como un ser autónomo, que no está hecho para gravitar en torno a mí como un satélite; que no quiere ser tan sólo un objeto, aunque fuese un objeto muy cuidado. Sino que debe ser tratado como un sujeto: un sujeto que piensa, que experimenta gozos y penas, que es capaz de iniciativa y de creación. En fin, alguien que vive.

No considerarlo a partir de mí, en función de mí; considerando lo que puedo obtener de satisfacción, de interés. Reconocerle el derecho de ser otro, de ser él mismo. Tenerlo en cuenta según su propia realidad: él es en sí mismo un mundo, un “absoluto”, una libertad. Una persona. Un hijo de Dios que debe, como yo, realizar su destino de amor.

Aceptarlo con realismo: tal como se presenta, concretamente, diferente de lo que yo imagino, de lo que me agradaría. Tal como es.

### **En su misterio**

Dificultad de expresar lo que llevamos en nosotros mismos.

Lo que pensamos: nos cuesta encontrar palabras que no deformen nuestro pensamiento; palabras para decir exactamente nuestras ideas, nuestras convicciones, sin endurecerlas, sin trascenderlas. Debemos reconocerlo frecuentemente: “No es eso lo que quise decir”; ¡pero era por cierto eso lo que he dicho!

¿Cómo revelar lo que vivimos, lo que somos?

Las palabras nos traicionan. Detrás de ellas, envolviéndolas: un halo de recuerdos que nos atormentan o nos encantan, de emociones, de evocaciones, de elementos afectivos intraducibles; estados de conciencia insistentes, duraderos, que tienen importancia para nosotros; cosas sentidas, vividas, no definibles racionalmente; sentimientos fluidos, delicados, pasajeros y sin embargo, preciosos;

“... El alma con sus climas, sus montañas, sus desiertos de silencio, sus fuentes de nieve, sus laderas de flores, sus aguas dormidas. . .” (Saint-Exupéry). No es posible expresar esas cosas sin darles una pesadez deformante: es como si se tratara de reproducir, con un grueso fumino, una lámina japonesa cada uno de cuyos trazos ha sido hecho con un solo pelo del pincel.

Los poetas existen, sin duda, para expresar esto: debajo de las palabras lo vivido aflora, se revela: sólo quien tiene un alma poética puede acceder a ello.

Dificultad de expresarse, incluso cuando lo deseamos. Y no siempre lo deseamos: ¡hay tanta gente con la que convivimos sin entregarles nada de nuestro esencial!

Lo mismo le ocurre al otro.

Entre lo que él es y lo que dice, hay diferencia. Entre las palabras que dice y lo que oigo, hay diferencia: las palabras nos son comunes pero ¿qué hay detrás de ellas?

Y en fin ¿qué es lo que desea dejarme comprender?

El otro: un misterio. Uno lo comprende un poco. Lo más, nos escapa.

¿Cómo arreglarse? Sin duda, ir hacia él, interesarse por él. La vida, incluso en el interior de la comunidad más tradicional, ofrece muchas ocasiones de encuentro. No desanimarse del pobre resultado de los primeros esfuerzos; se parte desde donde se está. El intercambio más desacertado, el encuentro más tímido de dos miradas, que se cruzan, la conversación más banal, son la expresión de un llamado, de una búsqueda, de una espera; el germen de un interés, de una ayuda, de un don, de un amor.

Pero respetar sus fronteras, su reserva, su silencio: tiene derecho a su propia intimidad. ¿Qué me autoriza a introducirme en ella? Uno no se abre con otro como quien rompe una nuez. “El primer efecto del amor es inspirar un gran respeto” (Pascal).

Qué discreto debo ser, qué humilde y prudente, para adelantarme hacia el otro, si realmente lo amo, si tengo la preocupación de respetar lo que es. Esperar que me tenga confianza, no forzar la intimidad cuando es rehusada; esperar, para acoger con gratitud, el don que hará de sí mismo,

libremente: “He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa” (Ap 3,20). No imponerse más que Cristo.

Qué paciente, si me percató de que esto será por toda la vida; paciente y disponible. No apresurarse en el camino de una relación en la que se compromete lo más profundo de sí mismo: tal gesto, fácil un día, tal apertura espontánea, no lo serán quizá mañana, tan impresionables y poco constantes somos. Pero todo retroceso sería huida. Entonces no quemar las etapas, no forzar la puerta ni apresurarse. La relación de dos libertades es algo imprevisible; no se planifica el establecimiento, la profundización de una relación. Aceptar el lento descubrimiento de la verdad del otro.

Aun cuando se exprese, se entregue, el otro permanece indefinible: un ser complejo, con repliegues, enigmas, paradojas; un poco heterogéneo; un ser inconcluso, en búsqueda. No deja de hacerse a sí mismo libre e imprevisible: algo peligroso, como yo para él; un camino que no se conoce y que se sumerge en la noche.

Acogerlo y respetarlo, con todas las notas de su misterio: sus maneras de obrar, sus reacciones que no son las mías; sus hábitos de pensamiento, sus estructuras mentales, su paisaje interior, su novedad. Tiene derecho de ser así; yo soy por cierto, para él, un ser enigmático.

Tratar de conocer, dejarse conocer, pero saber que el misterio del otro subsistirá. Sabemos algo de lo que piensa por haber discutido con él; algo de lo que siente, si nos lo ha confiado. Nos ha manifestado algunos de sus recuerdos, esperamos con él lo que espera.

Pero en él, en este mismo que pensamos conocer mejor: ¿qué ocurre detrás de ese rostro, de esa sonrisa, de ese hastío, de esa reflexión? En una amistad cotidiana y en una presencia prolongada, permanece la misma interrogación: “Tú, ¿quién eres?”.

### **En su debilidad**

Cuando a uno lo miran de lejos, es presentable; la distancia embellece a la gente y las cosas. Pero cuando se es mirado de cerca, cuando la cámara lo toma en primer plano, aparecen pelos de barba, arrugas y manchas rojizas. Por eso, para aparecer en la televisión, hay que maquillarse.

De lejos, se es presentable. Cuando se vive constantemente juntos, codo a codo, se es menos hermoso, a veces. Se cuenta que cuando S. Francisco de Sales era estudiante en Padua, uno de sus condiscípulos, admirándolo a distancia, prefería no familiarizarse con él, por temor de encontrarle, de cerca, alguna imperfección decepcionante.

Hay nulidades patentes a la vista y deficiencias que se descubren poco a poco. Descubrimiento inevitable y siempre desagradable. La regla benedictina pide: “Toleren con la máxima paciencia las debilidades físicas o morales de los hermanos” (cap. 72).

Las enfermedades físicas: se respeta a un parálítico, a un ciego. ¿A un sordo? se le presta menos atención.

Las enfermedades morales. Ya sea que esa enfermedad, esa debilidad, sea manía o trauma psicológico: el vecino algo torpe, la serie incómoda de los nerviosos, de los inquietos. Ya sea un defecto que pone a prueba nuestra paciencia: el que hace promesas y no las cumple, aquel con quien no se puede contar; el descontento, el abusador; el corrector de errores. “Hay en las comunidades personas que tienen tal abundancia de virtudes, que pueden repartirlas a todo el mundo”. Ya esa enfermedad sea un temperamento que nos choca, una manera de obrar que nos desagrada. El Cardenal Saliège expresaba así a religiosas esa clase de molestias: “Y soportar es

tanto más difícil cuanto que el contacto es de todo el día. He aquí lo que torna difícil la vida conventual. La gran ingenuidad de las jóvenes es soñar con una vida ideal en el convento: ser, fuera del mundo, una lamparita que se consume. Pero pronto comienza a percatarse de que no todo es perfecto: en la capilla está junto a una religiosa que tose continuamente; en el recreo, junto a otra que ‘cada vez que digo algo, me lo interpreta al revés’. La lamparita que quería arder, consume toda su energía tratando de no reprender a su vecina. Como prueba, es tremenda, tanto más cuanto que no hay distracción... no es posible escapar” (Card. Saliège, *Ecrits spirituels*, p. 305).

Se encuentra también entre los que nos rodean, aquel que no es más pesado que otro, no es más infeliz, pero me es antipático –suprema desgracia– por motivos perfectamente irracionales. Antipatía, simpatía: ¿conseguiremos alguna vez superar totalmente ese género de actitudes? Se puede atenuar, controlar; por lo menos se tratará de no cultivar sus antipatías.

Está el mediocre, el insignificante: aquel que no tiene presencia para ser amado; no necesariamente el erizo repelente, sino el hombre de las frases inútiles, que se siente un poco demás en todas partes. No se le rehúsa el lugar, sino que no se lo espera, ni se lo desea cuando se presenta. Él espera una señal, un gesto, una sonrisa. Su sonrisa cae en el vacío, nadie la recoge. ¿A quién puede interesar lo que cuenta? Aquel que pide caridad por no haber encontrado amor; aquel que mendiga las migajas, aquel que espera –o ya nada espera–.

¿Qué hacer?

*Admitir* que el otro sea imperfecto, débil, inconcluso –como yo–; que haya en él contradicción, lucha, manías, fracaso; que se desaliente, que no tenga siempre para darme lo que espero de él.

Es más penoso respecto a quien se ama, se admira; es tremendo ser decepcionado por un hombre que se admira, o que nos falle un amigo. Uno sufre, incluso se indigna, de que no sea tal cual se lo había creído.

¿Qué quiere decir eso? Que uno no amaba al otro, sino solamente la idea que se hacía de él. A aquellos a quienes amamos con afecto espontáneo, natural, no los vemos tal cual son, sino como deseáramos que fuesen, de ahí la decepción, el resentimiento que se experimenta.

Comprender que –incluso si no lo menciona– el otro tiene sus dificultades, diferentes de las mías. Rara vez se sabe qué dificultad, qué grillos, arrastra a veces el otro.

Aceptar ser decepcionado por sus hermanos:

“Ocurre que buscamos en nuestro amigo el consuelo, y hoy no lo hallamos.

Ocurre que tenemos sed, y la ternura de nuestro amigo olvida hoy darnos de beber.

Es que la fuente de la dulzura humana no es inagotable. El consolador tiene, como nosotros, su hora de sequedad. Aquel que nos da fuerzas, carece hoy de fuerza.

Aquel que nos eleva al gozo, ha caído hoy de su gozo. Comprendámoslo. Por nuestra parte, tengamos compasión de esa pobreza. No exijamos nada. No reclamemos incesantemente amistad, bondad, el ‘más’ de que es capaz, sino agradezcamos siempre el ‘menos’ de que puede disponer, lo poco que tiene y nos da. Y sepamos esperar. Llegará el momento en que la gracia de amigo le será y nos será devuelta” (Marie Noël, *Notes intimes*).

No ponerle una etiqueta, no clasificarlo.

“Dices: ese es un cartero, ese es un carpintero, ese es un estudiante, ese es un obrero, ese es un pobre, ese es un tipo inteligente, ese es un mal tipo. Y bien, ¡no! Ante todo, es un hombre, un hombre hermano tuyo, tu hermano en el Señor, si te parece” (P. Schaeffer, *La Route*).

Cuando uno juzga, decía el Abad Germán, toma al otro en la palma de la mano, lo pesa y luego: ¡hop! El otro es eso, nada más que eso. Y me creeré lúcido, perspicaz. Y consideraré ciegos a los que son más indulgentes.

Sólo he visto un extremo, el malo, el menos valioso; con seguridad, el menos revelador; se trata, a veces, de ideas muy falsas. El otro es otra cosa. Y esta apreciación sumaria es, en adelante, una pantalla entre él y yo, que impedirá la comprensión en profundidad. Este oso, mi vecino, tiene quizá “laderas de flores” que yo no he visto jamás; quizá es una estampa japonesa, pero si yo lo he bautizado como oso, corro el riesgo de no percibirlo jamás.

Apartar los prejuicios, las críticas sin resultado positivo, sólo destructoras del otro.

“Te hablaré pues de la audiencia. Si abres tu puerta al caminante y él se sienta, no se te ocurra reprocharle que no sea otro. No lo juzgues. Porque ante todo, tenía hambre de estar allí, en alguna parte, en casa de alguien, con su carga, su bagaje de recuerdos, su respiración difícil y su bastón apoyado en un rincón. Era estar allí, en el calor y la paz de tu rostro, con todo su pasado, que no se discute y todas sus taras como desvestidas. Su muleta, que ya no siente, puesto que tú no le pides que baile. Y entonces se tranquiliza, y bebe la leche que le sirves y come el pan que le partes y la sonrisa que le prodigas es como un manto tibio como el sol para un ciego” (St. Exupéry, *Citadelle*).

Serás siempre el mismo. ¡Contigo, siempre es lo mismo! Esto es lo que torna incurables las enfermedades. No hay evolución posible cuando uno se siente encerrado en un juicio, en una definición; identificado con un defecto. Cuando la opinión sobre un hombre procede de todo un grupo, cuando un hermano se siente juzgado por su comunidad: es una prisión.

Quererlo para ayudarlo a afirmarse en la existencia.

A este hombre desgarrado, cuyo ser es tan débil, aparentemente tan mediocre; personalidad tan poco formada, cantidad despreciable; a este hombre de reiteradas debilidades; a este hombre que se ha replegado sobre sí mismo: hay que *quererlo*, es decir, continuar creyendo en él, rechazar el escepticismo. Continuar creyéndolo capaz de bien, de evolución, de mejoría. Amarlo mucho, mirarlo con suficiente benevolencia como para que esa mirada le revele su propia riqueza, lo haga crecer. Revestirlo de amor.

Si ha perdido la confianza en sí mismo, que pueda resistir, aferrado a la confianza que me obstino en tenerle. Como ese leproso que encontró Raúl Follereau, el único enfermo que seguía siendo un hombre en la leprosería, porque cada día por encima del muro, su mujer venía a sonreírle: “Cuando cada día la veo, sé, gracias a ella, que aún estoy vivo”.

Quererlo, ayudarlo. Con delicadeza: el pequeño español que, según parece, al dar una peseta al mendigo, le da previamente un beso.

No sólo darle lo mío para enriquecerlo, para hacerlo crecer, sino para proporcionarle la ocasión de darme lo que tiene, lo que es, para hacerlo crecer. Para que alguien se sienta feliz en una comunidad, es preciso que se sienta útil, que sus talentos –mínimos quizá, pero al fin y al cabo los tiene– sean reconocidos, estimados, utilizados. Permitir a los otros que me den lo que tienen de mejor; permitir a los otros contribuir a la existencia de otro ser. Ponerme en situación de que puedan darme, como lo hizo Jesús con la samaritana: “¿Tú me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (*Juan 4,9*).

No es una piadosa artimaña de la caridad: es ponerse en una actitud realista y verdadera: tenemos realmente necesidad de los otros Y todos, incluso los más humildes, pueden darnos; los más pobres pueden enriquecernos, si aceptamos recibir de ellos. Un visitador de cárceles decía de los jóvenes que iba a ver: “Les doy lo que puedo, pero no podría evaluar lo que recibo”.

Para continuar confiando cuando se multiplican las razones humanas para desalentarse: buscar razones más allá de la experiencia, más allá del optimismo natural.

Nuestra reacción es con facilidad: ¡qué maniático!, no hay nada que hacer. Pero Dios no se alza de hombros diciendo: ese pobre tipo, nunca podré hacer nada con él. El más desgraciado de nuestros hermanos merece aún nuestro respeto y nuestro amor. Amarlo no es perder el tiempo.

Saber reconocer bajo su insignificancia la riqueza de alguien que es, sin embargo, hijo de Dios, elegido por su amor, habitado por él.

Reconocer la presencia de Cristo en su hermano: el enfermo que se va a visitar, el prisionero que se va a ver, el pobre que se socorre –y además, todos (*Mt 25,35*)–.

Cada hombre es una manifestación de Cristo: “Has visto a tu hermano, has visto a Dios”, decía san Juan Crisóstomo. Un encuentro con un hermano, cualquiera que sea, cualesquiera sean las impresiones que se experimentan a nivel de la sensibilidad, debería realizarse en el respeto, en la humildad, en el gozo: en el gozo de un encuentro con Cristo.

*Abbaye St. Benoit d'En Calcat  
Dourgne (Tarn) - Francia*